

UN NUEVO TIEMPO, UN NUEVO CUERPO

Ken Wilber¹

La aparición del ego representó un verdadero paso adelante, una auténtica explosión, en el proceso de evolución de la conciencia, y uno tiene la impresión de que la humanidad de esa época fue como un niño al que le acabaran de regalar su primera bicicleta: podía moverse mucho más rápido pero también pasaba la mayor parte del tiempo tropezando con todos los bordillos que encontraba en su camino. De hecho, el ego supuso tantos cambios, tantas innovaciones y tantas calamidades que los cascotes de esa explosión siguen todavía cayendo sobre nosotros. Y entre todas esas novedades destaca la aparición de una nueva modalidad de tiempo (el tiempo histórico, lineal y conceptual) y de una nueva modalidad de cuerpo (el cuerpo desvitalizado y deformado).

EL DESCUBRIMIENTO DE LA HISTORIA

Cuando el ego salió de la profundidad de los reinos tifónicos, trajo consigo una modalidad de tiempo lineal e histórico que nunca antes había existido. Como ya hemos visto con cierto detalle al hablar de las culturas agrícolas, el lenguaje (vehículo de lo no presente) había dotado a la estructura mítico-pertenencia de una comprensión muy aguda de un mundo temporal expandido (el mundo del pasado, del presente y del futuro) y ese tiempo secuencial pasó a formar parte integral de la conciencia agrícola, de su forma de negar la muerte y de las luchas que sostuvo para asegurar su inmortalidad. Pero el tiempo expandido propio de esa época era tan peculiar que impidió, de hecho, la aparición de un tiempo «lineal» interminable, de un tiempo que careciera de un final discernible (cosa que ocurrió más tarde con el advenimiento del tiempo histórico característico del período egoico). Es cierto que el tiempo propio de la estructura de conciencia mítico-pertenencia era un tiempo secuencia! expandido pero también es verdad que se trataba de un tiempo estacional, de un tiempo cíclico, de un tiempo que se hallaba sumido en el mito natural del eterno retorno, de un tiempo de flujos y de reflujos, de un tiempo que iba desde el invierno hasta el verano y de nuevo al invierno y nuevamente al verano, de un tiempo, en fin, que daba vueltas eternamente en círculos y que, como dice Campbell, «no se dirigía hacia ningún lugar».

Qué duda cabe de que ése era un mundo temporal, lo bastante temporal, de hecho, como para garantizar las necesidades de inmortalidad futura propias de la conciencia agrícola -un tiempo que iba de una estación a la siguiente y, desde ésta, hasta la próxima-, pero también es cierto que se trataba de un mundo temporal que, en última instancia, carecía de otra dirección que no fuera la de girar eternamente en círculos. Era un tiempo en movimiento pero un movimiento que no se dirigía hacia ningún objetivo concreto, un tiempo que se desplazaba pero que carecía de sentido, el tiempo del tiovivo, un tiempo semejante al incesante movimiento de las esferas celestiales repitiendo su periplo una y otra vez y recomenzando en el mismo punto en el que acababa de terminarlo. «La naturaleza era considerada, en su imaginaria pureza, como un ciclo ininterrumpido de salidas y de puestas de sol, de lunas crecientes y de lunas menguantes, de cambios estacionales, de animales que morían y de animales que nacían. Se trataba de un tipo de cosmología que no favorecía, en modo alguno, la acumulación de culpa ni la acumulación de propiedades puesto que todo terminaría siendo destruido y la naturaleza se renovarían gracias a las ceremonias rituales de regeneración.».

Tal fue, al parecer, la cultura que caracterizó al período mítico-pertenencia. Los ritos anuales de regeneración representaban así tanto una inmersión en el mito natural del

¹ *Después del Edén*, 1981. Ed. Kairos 1995.

eterno retorno como una expiación sustitutoria del miedo y de la culpa que necesariamente acompañan a cualquier sensación de identidad separada. Era una sensación que mucha gente experimenta todavía durante la celebración del Año Nuevo, la sensación de que todo puede ser purificado, la sensación de que el karma puede ser mágicamente ignorado, la sensación de que es posible comenzar nuevamente desde cero. No obstante, es muy probable que, en los tiempos antiguos, esos rituales de renovación (cuyos vestigios todavía perduran con nosotros durante la noche del año viejo) supusieran una especie de bautismo del alma, un bálsamo (provisional) para la sensación de culpabilidad que atenaza a cualquier sensación de identidad separada. El hecho es que la conciencia propia de ese mundo era circular y cíclica, una conciencia que no contemplaba siquiera la posibilidad de una acumulación y que creía, en consecuencia, que el bautismo de la amnesia puede purgar los errores cometidos el último año. Sin embargo, el karma del pasado año sí que iba acumulándose, así que, a pesar de la aparente inocencia de la situación -una situación que ha hecho dudar a más de un erudito-, todo se desarrollaba según el principio subyacente de que «donde la ignorancia es ciega "ser sabio es una locura"». Esa ignorancia, en suma, no era el fruto de una decisión deliberada sino simplemente el techo de la comprensión que puede proporcionar la conciencia cíclica natural.

No obstante, en algún momento del período egoico inferior la conciencia comenzó a distanciarse y a elevarse sobre esta modalidad natural propia del tiempo estacional. «Y la nueva mitología conllevó, a su debido tiempo, un alejamiento de la antigua visión estática de los ciclos del eterno retorno. Así apareció una mitología progresiva, una mitología orientada temporalmente, la mitología que hablaba de una creación... en el comienzo de los tiempos, de una posterior caída y de un proceso de reconstrucción [jerárquico o evolutivo] en el que todavía seguimos inmersos.»⁷

El hecho, hoy en día incuestionable, es que antes del período egoico inferior la visión de la historia como crónica de los acontecimientos de la sociedad no existía en modo alguno. Preguntar, por ejemplo, a un individuo que viviera en el período mítico-pertenencia por la historia de su pueblo hubiera sido lo mismo que preguntarle por la historia del invierno. Hace mucho tiempo que los antropólogos han reconocido que las únicas culturas que tienen historia son las culturas progresivas. La forma más temprana de historia data de área 1300 antes de J.C. (justo a mitad del período egoico inferior), y Herodoto, el llamado «padre de la historia», aparece en Grecia el siglo v antes de J.C. (en los albores del período egoico medio).

“La evidencia más concreta nos la proporcionan las inscripciones de los edificios. La inscripción típica anterior a esta fecha [1300 antes de J.C.] recoge el nombre y los títulos del rey, prodiga luego alabanzas a su dios o a sus dioses, menciona brevemente la estación del año y las circunstancias en las que se comenzó a erigirse el edificio y termina describiendo algún incidente relativo a la misma construcción. Pero a partir del año 1300 antes de J.C. no existe una sola mención a los acontecimientos inmediatamente anteriores a la construcción del edificio sino un resumen de todas las hazañas militares llevadas a cabo por el rey hasta la fecha. Y en los siglos posteriores esta información va ordenándose sistemáticamente en función de las campañas anuales hasta prorrumpir últimamente en la forma elaborada anual que es casi universal en los registros de los gobernadores asirios del primer milenio antes de J.C. Esos anales ya van más allá del simple relato de los hechos e incluyen declaraciones de principio, críticas de los cursos de acción, estimaciones, etcétera... hasta llegar a contener incluso comentarios sobre los cambios políticos, las estrategias militares y anotaciones históricas sobre

ciertas regiones concretas..., características, todas ellas, que no aparecen en ninguna de las inscripciones anteriores”.

«Ésta es -concluye Jaynes- la invención de la historia...» Como todos y cada uno de los pasos adelante en el proceso de desarrollo de la conciencia, la comprensión del tiempo histórico fue, por decirlo en pocas palabras, tanto buena como mala. Buena en el sentido de que la evolución de la conciencia necesariamente procede desde lo pretemporal a lo temporal y, de ahí, hasta lo transtemporal, o desde lo prehistórico a lo histórico y, desde ahí, hasta lo transhistórico. Sólo los teóricos de la decadencia se atreven hoy a negar que la comprensión de la realidad histórica constituyó, en sí misma, un verdadero paso adelante en el proceso de desarrollo de la conciencia. La conciencia histórica, como reflexión del hoy sobre el ayer, constituye, de hecho, el auténtico paradigma de la filosofía, de la ciencia y de la psicología, el paradigma del pensamiento reflexivo en general. La conciencia histórica, en otras palabras, constituye el epítome de la polis-praxis.

Pero no debemos olvidar que este avance también fue negativo en el sentido de que ese nuevo mundo de horizontes históricos que se extendía mucho más allá de los ciclos estacionales terminó abocando al apetito desatado de poder que caracteriza al ego heroico. El poder sólo desea expandirse ininterrumpidamente y acumular esa expansión. Y sí bien el tiempo cíclico/estacional no favorece esa acumulación -dado que «todo comenzará de nuevo» la próxima estación-, el tiempo histórico -que se extiende linealmente más allá de todas las estaciones- constituye el caldo de cultivo más adecuado para el impulso de poder que sólo aspira a la acumulación ilimitada. «Es evidente -dice Campbell- que aquí [en los nuevos mitos emergentes de la historia] se esconde una poderosa fórmula mítica para la reorientación del espíritu humano, una fórmula que le dispara hacia adelante en el tiempo y que le exige la creencia en su responsabilidad en la renovación del universo en nombre de Dios, fomentando, de ese modo, la nueva filosofía política de la guerra santa.». Y si quisiéramos dejar completamente de lado el nombre de Dios también podríamos hablar de la guerra secular porque eso, como veremos, fue precisamente lo que sucedió.

Esta peligrosa situación se vio drásticamente agravada por el hecho de que la emergencia del ego heroico también supuso la frecuente represión del cuerpo, de la naturaleza y de la Gran Madre. Dado que la naturaleza/cuerpo es el referente del tiempo estacional y que la mente es el referente del tiempo histórico, la separación entre la mente y el cuerpo conllevó también necesariamente la correspondiente separación entre la historia y la naturaleza. No se trató de que la historia trascendiera a la naturaleza -que es el verdadero objetivo de la existencia posterior-sino que tuvo lugar una auténtica disociación entre la naturaleza y la historia que terminó deformándolas a ambas. Porque una vez que el ego perdió el contacto con la naturaleza estacional y con el cuerpo, la conciencia supraordenada perdió también el suelo en el que arraigar. Y fue precisamente esta falta de integración entre la historia y la naturaleza la que permitió que el ego terminara considerando perfectamente aceptable iniciar un asalto premeditado sobre la naturaleza sin tener en cuenta sus posibles consecuencias históricas. Y es también por ese mismo motivo que el ego fracasó, casi desde sus mismos inicios, en comprender que cualquier ataque sobre la naturaleza constituía, en realidad, un ataque sobre su propio cuerpo (niveles 1/2 del compuesto humano individual). Es por ello que decimos que todo este proyecto constituyó, en su sentido más profundo y más real, un auténtico suicidio. El mismo hecho de que el ser humano sólo haya tomado conciencia en este siglo -¡es decir, cuatro mil años después de la emergencia del ego!- de la estrecha interdependencia ecológica existente entre su

cuerpo y el entorno natural constituye una demostración palpable de la magnitud de su ceguera.

El hecho es que el ego recién emergido, confiando en el pensamiento disociado y en la historia «desarraigada», acometió un proyecto Atman que le despojó del cuerpo y le lanzó hacia el futuro. De este modo, la historia, la mente, la cultura y el pensamiento se vieron corrompidos por la disociación europea. El proyecto Atman, la búsqueda de gratificaciones sustitutorias y de sustitutos de inmortalidad, sólo exigía y reconocía un tiempo unidireccional, un tiempo que se movía directamente hacia adelante, portando consigo sus sueños de inmortalidad.

Así pues, aunque la percepción de la modalidad histórica del tiempo formaba parte de un proceso de crecimiento, se aplicó de manera instantánea y exclusiva a la estructura egoica disociada. Es por ello que el ego consideró que la historia constituía una crónica de las hazañas del ego y no una crónica de los pasos evolutivos que conducían hasta Atman, uno de los cuales, por cierto, pasa necesariamente por la muerte y trascendencia del mismo ego.

Si los rituales de regeneración estacional realmente lo «purificaran» todo -como solía ocurrir en el período mítico- los proyectos de inmortalidad del ego lo reflejarían. Pero el hecho es que, cuanto mayor era su conciencia de la muerte, más tiempo necesitaba el ego. Así comenzaron a aparecer objetivos que garantizaban su permanencia y esos objetivos se vieron activados por la búsqueda infatigable pero equivocada de la verdadera liberación en Atman. De este modo, al perderse a sí mismo en un mundo temporal, lineal y progresivo -que no era transnatural sino antinatural, antiecológico y definitivamente abierto-, el deseo inextinguible e insaciable del ego terminaron convirtiéndose en una carrera hacia la eternidad.

Es por todas estas razones que el ego heroico se forjó la ilusión de que no sólo vislumbraría ese futuro sino que incluso podría llegar a dominarlo. Y entonces comenzó a reconsiderar su pasado desde esa perspectiva. No deberíamos, pues, sorprendernos de que, aun en sus mismos comienzos, la realidad histórica se viera adulterada por la noción egoísta de que la historia era, antes que nada, una crónica de los logros y de las hazañas heroicas del ego. Como ya hemos visto, las primeras historias de las que tenemos registro son narraciones siempre jactanciosas de las conquistas, de las victorias y de las osadas hazañas guerreras llevadas a cabo por el ego (por el ego del monarca). Hoy en día seguimos todavía atrapados en esta visión egoísta de la historia. Pero la verdad que se escondía detrás de la nueva modalidad del tiempo histórico era que la conciencia es nuestro auténtico destino, que nuestro verdadero objetivo es el de despertar, que el mundo, en fin, se dirige hacia algún lugar, que tiene un sentido y que ese sentido se encamina hacia Atman. El problema es que el ego no es más que uno de los varios estadios del camino y que no se dirige hacia ningún lugar -ni siquiera hacia Atman-. En mi opinión, cuando más pronto comprenda el ego mental que la historia constituye el relato de su propia muerte, antes dejará de creer equivocadamente que se trata de la crónica exclusiva de sus propias hazañas.

UN NUEVO CUERPO

Pero el self separado no sólo dispone de una nueva modalidad de tiempo (el tiempo histórico) sino que también posee una nueva modalidad corporal (el cuerpo alienado y disociado). Ya hemos visto que, desde un punto de vista histórico, los reinos tifónicos no sólo se diferenciaron sino que terminaron disociándose en mente y cuerpo, es decir, que no tuvo lugar una transformación sino una verdadera disociación y que esa disociación terminó deformando a los dos polos en cuestión, el polo egoico y el polo somático. Éste es el punto sobre el que vamos a centrar ahora nuestra atención.

L.L. Whyte subrayó la esencia de este tema diciendo que «la división fundamental es la que existe entre la actividad voluntaria organizada por los conceptos estáticos [el ego temprano] y la vida instintiva y espontánea [cuerpo impulsivo]. Pero la disociación europea entre estos dos componentes del sistema vital terminó distorsionándolos a ambos. A consecuencia de esta distorsión, la vida instintiva perdió su inocencia y su ritmo natural se vio reemplazado por el deseo obsesivo, mientras que la conducta controlada por la razón, por su parte, comenzó a encaminarse hacia objetivos de perfección ideales que resultan obsesivos y terminan perturbando el ritmo natural de tensión y relajación». Digamos, de pasada, que ese «ritmo natural de tensión y de relajación» al que se refiere Whyte en su consideración sobre el instinto y los conceptos, constituye ese ciclo de intercambios (entrada, asimilación y salida) que hemos definido como la actividad fundamental de cada uno de los niveles del agregado individual, desde el alimento hasta el sexo y el pensamiento (y también los niveles psíquico, sutil y causal). El hecho, según nuestra terminología, es que la disociación entre los niveles de intercambio mentales y corporales termina imponiéndose obsesivamente sobre el cuerpo y sobre la mente y generando sobrecompensaciones desproporcionadas que no dependen de las características intrínsecas de cada uno de los sistemas.

Esta disociación termina deformando a los dos componentes del individuo (el cuerpo, o nivel 1/2, y la mente, nivel 3/4) y los dos componentes fragmentados presentan la misma deformación. «Esta similitud -concluye Whyte, y yo quisiera subrayar todavía más este punto- no es accidental. Al escindir el sistema de un determinado modo, la forma de la distorsión se manifiesta en los dos componentes disociados. En este caso el ritmo de los procesos naturales se transforma en una obsesión dual. Poco importa que el objetivo sea la unión con dios o con la mujer, el éxtasis de la búsqueda [sustitutoria] de la unidad o de la verdad, del poder o del placer porque, en cualquiera de estos casos, la intensidad sostenida y la insatisfacción llevan la impronta de la disociación europea.». Más concretamente:

“El alma europea [es decir, el ego alienado del cuerpo] nunca termina de entregarse a Dios, la mente no logra encontrar la verdad última, el poder nunca es lo suficientemente seguro y el placer jamás resulta plenamente satisfactorio. Hechizado por estos objetivos ilusorios que prometen el absoluto [el proyecto Atman], el ser humano se va alejando del ritmo natural de sus propios procesos orgánicos en busca de un elusivo éxtasis. La religiosidad morbosa, el hiperintelectualismo, la sensualidad refinada y la fría ambición son sólo algunos de los intentos de la personalidad disociada para escapar de su propia división. Las oscilaciones que llevan desde el misticismo emocional hasta el racionalismo y desde el racionalismo hasta el materialismo de poder que jalona la historia de Europa no constituyen ningún cambio esencial sino que tan sólo expresan las oscilaciones sucesivas de la búsqueda de situaciones nuevas dentro de los límites impuestos por esta disociación básica”.

La idea es que tanto el énfasis compulsivo en la sensualidad corporal y la sexualidad, por una parte, como el deseo obsesivo de poder, de verdades abstractas o de objetivos futuros del ego, por la otra, son los rasgos distintivos opuestos propios del self disociado porque ambos están marcados por la misma división, por la misma fragmentación. Esto significa que el ego alienado, por una parte, y la sexualidad y la sensualidad hipergenital, por la otra, son dos deformaciones correlativas del organismo, como tanto recalca el mismo Whyte. Históricamente -y déjenme recordar al lector que esta discusión tan sólo se refiere a los datos antropológicos y a los eventos históricos- Whyte considera que la aparición del idealismo egoico y la sensualidad-sexualidad deliberada

constituyen las dos facetas de la misma disociación europea que tuvo lugar, como ya hemos señalado, durante el período egoico inferior:

“Durante las antiguas civilizaciones [del período de pertenencia], las modalidades instintivas de la conducta se hallaban entretejidas con las tradiciones primitivas en un sistema de vida relativamente estable. Las tendencias instintivas estaban... equilibradas por un control psicológico similar al control orgánico de los mamíferos menos desarrollados. Pero a medida que las antiguas civilizaciones desarrollaron técnicas más y más poderosas, y que la comunidad, o algunos de sus miembros, tuvieron garantizada la supervivencia inmediata, entró en escena un factor nuevo sumamente perturbador. Dado que la satisfacción instintiva resulta gratificante, los individuos mejor ubicados pudieron dedicar su excedente de seguridad material [el excedente agrícola] a la búsqueda deliberada de placeres instintivos. De este modo, el equilibrio orgánico de los instintos, que había resultado adecuado para mantener una coordinación armónica de la conducta en condiciones sociales más primitivas, se reveló doblemente inadecuado para esta situación nueva y más compleja. No sólo fracasó en su intento de encontrar respuestas adecuadas a las situaciones nuevas y más apremiantes sino que ni siquiera pudo mantener el adecuado equilibrio de la vida instintiva, puesto que ahora que el individuo era consciente de lo que le proporcionaba satisfacción y poseía los instrumentos con los que podía explotar e intensificar deliberadamente esta satisfacción”.

«Pero esta nueva sensualidad deliberada -concluye Whyte-terminó perturbando la adecuada coordinación y se vio, en consecuencia, acompañada por el sadismo y el masoquismo y por el desarrollo de un idealismo nuevo y también deliberado... Así pues, tanto la sensualidad como el idealismo obsesivo eran nuevos y representaban [parcialmente] las distorsiones dualistas [de los intercambios entre ambos niveles].» Además, con la aparición de la disociación entre el cuerpo y el ego, «Eros degeneró [regresó] a lo que suele ser conocido con el concepto de sexo, el principio del placer focalizado en las tendencias internas aisladas [características del nivel tifónico]. El egoísmo y el sexo, que normalmente se desarrollan y se satisfacen en la vida de la totalidad, aparecen ahora como tendencias aisladas que tratan de agotarse en la muerte [el sacrificio sustitutorio]». De este modo, la represión de la mitología del sexo y del asesinato -que había hecho acto de presencia durante el período mítico-pertenencia-termina estancándose, intensificándose y complejificándose hasta llegar a estallar, en el período egoico, con una violencia compulsiva inusitada (disociada). La obsesión por el sexo y la violencia persisten todavía porque el ego disociado sigue todavía con nosotros y aún no hemos superado ninguna de sus desastrosas consecuencias.

El hecho de que el ego disociado y la hipersensualidad sean el nuevo correlato de la disociación entre el cuerpo y la mente constituye precisamente el núcleo central de la reformulación de Norman O. Brown sobre el psicoanálisis. Brown trata en su obra de rastrear los cambios radicales que tienen lugar en el ego y el cuerpo a medida que el self separado comienza a despertar a su propia mortalidad (a la muerte, a Thanatos y a Sunyata). Porque, en su intento de huir de la muerte, el self separado se ve también obligado a escapar de la vida, a intentar diluir la vida, a atenuar su vitalidad, a secuestrar, en suma, su propias energías. Y esto termina ocasionando una deformación radical del organismo total.

«Los niños, en la temprana infancia a la que se refería Freud, son incapaces de distinguir entre sus almas y sus cuerpos.» Éste es el punto de partida de Brown, el tifón infantil, ese temprano estadio en el que la mente y el cuerpo todavía no se han

diferenciado (de hecho, la mente, en sí misma, apenas si existe y los pocos aspectos mentales presentes están todavía inmersos en el cuerpo). En mi opinión -a diferencia de Brown-, éste no es un estado ideal, el estado ideal es el de la *transdiferenciación* madura en el que la mente y el cuerpo, una vez diferenciados, terminan integrándose. Brown glorifica el estado primitivo de prediferenciación y habla como si la mente y el cuerpo fueran uno cuando, de hecho, la mente -o el lenguaje, la lógica y el concepto- apenas si existe y el self no es sino un self corporal. Cuando nosotros decimos que, en ese estadio, la mente y el cuerpo se hallan indiferenciados queremos decir que todavía no se han desarrollado y que las pocas facetas propiamente mentales se hallan totalmente identificadas con el cuerpo. Por consiguiente, el punto esencial es que, en ese estadio prediferenciado del tifón infantil, el individuo todavía tiene que emerger y esa emergencia es dolo-rosa y está cargada de dramáticas consecuencias. Estas son precisamente las consecuencias a las que Brown ha prestado atención.

Ahora bien, aunque en este temprano estadio tifónico la mente y el cuerpo todavía se hallen prediferenciados, el tifón está comenzando a diferenciarse del entorno (y, por tanto, del viejo estadio urobórico) y se ve enfrentado a las formas primitivas de miedo, ansiedad y temor a la muerte. Según Brown, el ego corporal (o tifón) que trata de escapar de la muerte (Thanatos) se halla sometido a lo que él denomina proyecto causa sui, el intento de convertirse en su propio padre, de ser su propia causa, de devenir su propio dios (en nuestros propios términos, el proyecto Atman). Así pues, el tifón, en su huida de la muerte y bajo el dominio del proyecto causa sui -el proyecto Atman-, se ve obligado a ponerse a salvo de la terrible visión de su vulnerabilidad, de su mortalidad y de su impotencia. En estas condiciones, no le queda más remedio que ocultarse o reprimir el terror que experimenta. Bien podríamos decir pues, que si, en este momento, no existiera represión sería necesario inventarla. Para hacer frente a su emergencia del letargo urobórico, al self separado no le queda más alternativa que reprimir a la muerte, reprimir el miedo que le suscita y reprimir también todos aquellos aspectos de la vida que están amenazados por la muerte.

Pero el tifón debe ser cuidadoso, debe proceder con suma cautela ya que, a medida que emerge el self de pertenencia (y, con él, el tiempo expandido), la pesadilla comienza a expandirse en todas direcciones, hacia el pasado y hacia el futuro. Para sobrevivir, en tal caso, con un mínimo de terror, el self se ve forzado a cerrar los ojos, a aturdirse, a restringir sus actividades y a secuestrar su propia vitalidad. Para evitar la muerte debe diluir la vida, creo que el asunto es bien sencillo. Pero esta idea no es mía sino que ha sido descubierta por los psicólogos existencialistas, especialmente Brown y Becker: «La situación del niño es insostenible y, para sobrevivir, debe crear sus propias defensas contra el mundo... Hemos logrado un conocimiento bastante fiable de lo que realmente preocupa al niño, de cómo la vida es demasiado para él, de cómo tiene que evitar pensar demasiado, percibir demasiado y vivir demasiado. Y, al mismo tiempo, tiene que evitar la muerte que le ronda, la muerte que subyace detrás de su despreocupada actividad, la muerte que le acecha por encima de su nombre mientras juega».25

En palabras de Becker, «si el niño quiere tener una cálida sensación de... seguridad básica» no tiene otra alternativa más que «reprimir globalmente la totalidad del espectro de su experiencia. Para ello debe reprimir las... comprometedoras funciones corporales que encarnan su mortalidad y que le recuerdan su naturaleza esencialmente finita... En otras palabras -y esto es lo suficientemente importante como para subrayarlo una vez más- el niño "se reprime a sí mismo". Así pues, el intento de dominar su propio cuerpo no es una mera expresión de sus deseos sino una reacción a la totalidad de su experiencia. Como Rank ha repetido tantas veces, los problemas del niño son problemas existenciales».

Ante el impacto de la muerte, el self del niño retrocede y se aleja tanto del Gran Entorno como de su incontrolable vitalidad. Esta autorrepresión se ve más tarde amplificada por el refuerzo específico de la sociedad, una «represión extra», muy similar a la noción de «shock vital» descrita por Sri Aurobindo y Bubba Free John. Pero este retroceso, este shock vital, este alejamiento de la vitalidad del ser corporal global, significa que el self separado propio de este estadio está simplemente comenzando a alejarse de sí mismo, es decir, a separarse, a dividirse o a disociarse en fragmentos «seguros» versus fragmentos «inseguros», éste es el mismo inicio de la disociación europea que terminará conduciendo al divorcio entre el ego «permanente» y el cuerpo mortal.

Todo esto puede resumirse sencillamente diciendo que el self separado tiene que comenzar a secuestrar y a diluir la vitalidad del organismo, a atenuar la vida hasta un punto en el que no se halle amenazado de muerte, a restringir la energía de su organismo hasta un nivel que no le resulte peligroso.

Esta energía orgánica ha sido llamada de diferentes modos. Bergson la denominaba élan vital, los hindúes prana, Lowen bioenergética y Freud libido. En un sentido amplio podríamos decir simplemente que se trata de energía emocional-sexual, la energía propia del nivel 2, la fuerza tifónica. Así pues, es el prana o la bioenergía tifónica la que debe ser secuestrada y reducida mediante la autorrepresión. Veamos ahora cuáles son, según Brown, las consecuencias de esta situación.

El hecho es que, para reprimir y secuestrar su propia vitalidad, el organismo debe centrar y circunscribir su libido a unas pocas áreas y regiones seleccionadas del cuerpo, la más notable de las cuales es la genital. Así pues, el resultado de esta situación es que el ego normal sólo disfruta plenamente de toda su vitalidad durante el orgasmo genital (y en algunas ocasiones -en casos de impotencia y frigidez, por ejemplo- ni siquiera eso). Ése es el único momento en que el ego se «abandona» y permite la circulación intensa y libre de su vitalidad. En este sentido concreto, la sexualidad genital es lo que Freud denominó «una tiranía bien organizada», no tanto a causa de su simple existencia (y en este punto estoy en profundo desacuerdo con Brown) sino porque la vitalidad e intensidad corporal plena se halla restringida a esa única actividad. Lo que quiero decir es que la restricción del prana a un nivel únicamente genital más allá de su estadio de desarrollo normal y necesario representa una negativa a aceptar la muerte y a descubrir estados superiores de éxtasis de todo el cuerpo, de éxtasis que trascienden lo exclusivamente genital. Pero el hecho, como dice Brown, es que «la especial concentración de libido en la región genital... es alimentada [o, cuanto menos, sostenida] por el instinto regresivo de muerte y representa un vestigio de la incapacidad humana de aceptar la muerte».

Así pues, como dice Becker, «una de las primeras cosas que tiene que hacer un niño es aprender a "renunciar al éxtasis"». *L'enfant abdique son extase*, dice Mallarmé, renuncia al éxtasis y diluye el élan vital y la libido porque esto constituye una amenaza de muerte, y es -como dice Maslow- «demasiado». Así llegamos al punto central de la argumentación de Brown: «Las organizaciones sexuales [las restricciones de la vitalidad a ciertas actividades y a ciertas regiones del cuerpo] son mantenidas por el ego infantil para reprimir su vitalidad corporal... para secuestrar por medio de la represión su incontrolable vitalidad (id)».

Ésta, sin embargo, es tan sólo una parte de la cuestión. El self intenta escapar de la muerte y, para ello, debe comenzar a desvitalizar y neutralizar la intensidad del organismo. Pero para anular al cuerpo, el self debe tratar de distanciarse de él, debe intentar alejarse de su carne mortal. De este modo, el ego se separa del cuerpo amortiguándolo. Al intentar, por así decirlo, matar al cuerpo, el self egoico pretende alejarse de la carne, liberarse de su mortalidad y de la muerte desencadenada por la

vulnerabilidad y finitud del cuerpo. Al reprimir y desvitalizar al cuerpo el self pretende, por así decirlo, domarlo. Porque, para enterrar al cuerpo, primero hay que matarlo. Y, según Brown, es precisamente esa «negación la que termina creando un alma [disociada] del cuerpo».

A partir de ese momento, la identidad del self se retira del ser corporal total y se limita exclusivamente al ego. De este modo, el organismo se divide y el cuerpo queda fuera. «Mediante este proceso de "autodivisión narcisista" el ego intelectual, en la terminología de Schilder, se separa del ego corporal [tifón].». Repitámoslo, el error no consiste tanto en la diferenciación entre el cuerpo y la mente como en su disociación. Brown, en cierto modo, es muy consciente de que tanto el ego desencarnado como el cuerpo deformado (reprimido) constituyen los correlatos de la distorsión del organismo global. En su opinión, el cuerpo desvitalizado es simplemente «la contrapartida corporal del desorden que tiene lugar en la mente humana».

Como señala Brown -y éste es realmente el punto que quisiera grabar en la mente del lector-, el legado inevitable de esta situación consiste en «la deformación radical del ego humano y del cuerpo humano». Y aquí llegamos nuevamente al punto central de la tesis de Whyte que, como el lector recordará, consiste en que «la disociación entre estos dos componentes [el ego y el cuerpo] del sistema orgánico termina distorsionando ambos términos». Digamos también de pasada que Brown y Whyte no sólo están hablando de lo que sucede en los niños de hoy en día sino también se refieren a lo que le ocurrió al conjunto de la humanidad hace unos cuatro mil años. Y si todo esto es aproximadamente cierto, deberemos extraer la extraordinaria conclusión histórica de que, si hubo un cambio de mente al comienzo de la era egoica moderna -y ciertamente lo hubo-, ese cambio también debió ir acompañado de un cambio corporal. Como dice Norman O. Brown, «en el comienzo de los tiempos modernos tuvo lugar una verdadera revolución en el cuerpo».

La humanidad había llegado a un punto en el que el rápido crecimiento de la conciencia le permitió trascender las fronteras físicas de su cuerpo. Al mismo tiempo, se veía enfrentado a una mayor comprensión de la muerte y a una reacción correlativamente mayor de huida ante la muerte. De este modo, en lugar de integrar los reinos tifónicos o corporales anteriores con la recién emergida mente, el ego reprimió a los dominios tifónicos, disoció a la mente del cuerpo y esa disociación terminó distorsionando tanto al cuerpo como a la mente. Y todo eso se vio acentuado por la creciente comprensión de que el cuerpo es mortal y está sometido a la destrucción, una amenaza completa al proyecto de inmortalidad egoica de la ideología estática y la historia desencarnada. Fue precisamente en esa época cuando apareció una frase en Grecia -«el cuerpo, una tumba»- completamente desconocida en los tiempos anteriores al surgimiento del ego. No estoy, obviamente, sugiriendo que antes del período egoico no existiera ninguna de las condiciones anteriormente mencionadas ni tampoco estoy afirmando la inexistencia del sexo genital. Lo único que deseo subrayar es que, en su huida de la muerte, el ego desvitalizó y diluyó al organismo y a sus energías. De este modo, reprimió y deformó al cuerpo -«el cuerpo, una tumba»- y, con ello, también reprimió y deformó a su propia mente {dado que la mente constituye una parte del compuesto individual y cualquier distorsión en un nivel reverbera en la totalidad}. Como demostró Whyte, a partir de ese momento el ego se vio obligado a escapar aterrado del cuerpo o a buscar compulsivamente el placer en la explosión de la liberación orgásmica.

Y las consecuencias de esta situación fueron definitivamente fatales. «El divorcio entre el alma y el cuerpo -dice Brown- sofoca la vida del cuerpo y reduce el organismo a un mecanismo», lo desvitaliza, lo mecaniza y termina convirtiendo al cuerpo en un mero mecanismo. Así pues, la psicología, la ciencia y la filosofía moderna no sólo se asientan

en el cambio de mentalidad que tuvo lugar en los albores de nuestra era sino que también se arraigan en «la revolución corporal del cuerpo en los comienzos de los tiempos modernos», una revolución que terminó creando el ego racional y el cuerpo mecánico.

“En esta naturaleza humana deshumanizada el hombre pierde el contacto con su propio cuerpo, más concretamente con sus sentidos, con la sensualidad y con el principio del placer. Y esta naturaleza humana deshumanizada produce una conciencia inhumana, cuya única actividad es la abstracción divorciada de la vida real, la mente productiva, la mente racional, ahorrativa y prosaica”.

El ego racional. El cuerpo mecánico. La era moderna